

# Tácito: retrato espiritual

Bartolomé Segura Ramos

Universidad de Sevilla. Departamento de Filología Griega y Latina  
Palos de la Frontera, s/n. 41004 Sevilla

and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

provided by

Data de recepció: 11/12/2001

## Sumario

Actitud política	Razón y fe
Las leyes, la <i>uirtus</i> y el pueblo	La psicología de Tácito
La hipocresía	El amor

## Actitud política

La actitud personal de Tácito en lo que respecta a la política es, sin duda, la misma que la de su suegro Agrícola (*Agr.* 42; *Ann.* IV 20), pues al igual que éste, Tácito era también un noble, y del mismo modo que su suegro participó en la política romana, haciendo el *cursus honorum* habitual, y ello, como él mismo confiesa (*H. I* 1: *dignitatem nostram a Vespasiano inchoatam, a Tito auctam, a Domitiano longius prouectam non abnuerim*), bajo el despotismo de Domiciano. Y no cabe duda de que es cuestión que le preocupa enormemente, como se ve en la repetición de *A. IV* 20 de lo dicho en *Agr.* 42 con palabras semejantes.

Pero, como Tácito acepta colaborar con un gobierno representado por un tirano (aunque está claro que no tiene muy tranquila la conciencia), no deja de poner pegas a actitudes testimoniales y provocativas como las representadas por los Tráseas, Soranos, Helvidios, Musonios y otros que desfilan por su obra, y ante los que, en honor a la verdad, manifiesta un comportamiento ambiguo: por un lado, celebra de corazón su independencia de criterio y de carácter; por otro lado, ataca insidiosamente dicha actitud, cosa que se observa ya en la primera cita de *Agr.*, en la que lo que el historiador afirma es que «también colaborando se puede ser digno y alcanzar tanta gloria como quienes se niegan y resisten hasta la muerte en una actitud que no resulta nada beneficiosa para el Estado». Y entre éstos se hallan todos aquellos enumerados más arriba. Compárese, p. ej., *A. XIV* 12: «Trásea Peto se salió entonces del senado, creándose un motivo de peligro sin ofrecer a los demás un principio de independencia» (*libertatis*). Pues precisamente la oposición *libertas/seruitium-seruitus*, en el sentido de «libertad política» o «independencia»/ «falta

de libertad política» (que es lo que siempre significa *seruitus* y es también uno de los dos significados de *seruitium* —el otro es el concreto de «conjunto de esclavos»—) está archipresente en la obra de Tácito, revelando cuánto interesa al autor. Ahora bien, «libertad» de verdad, no la «falsa apariencia de libertad» (*H. I 1: falsa species libertatis*). Su amor a la libertad es tan grande que parece anteponerlo a la verdad (*A. I 75*): «Mientras se buscaba la verdad, se estropeaba la libertad». De ahí que censure a Tiberio porque «brindaba al Senado estos simulacros de libertad» (*A. I 77*). Tácito insiste en la génesis de la *seruitus* al inicio de la era imperial; lo que el fragor de la guerra civil no deja ver (aunque cf. *H. I 15*: «Vas a mandar a hombres que no pueden soportar una completa esclavitud (*seruitutem*) ni la libertad (*libertatem*) total» (Galba a Pisón), emerge en los *Anales* con fuerza, enlazando lo ya apuntado en el *Agrícola*. Rechaza naturalmente otra vez, con reiteración, la falsa libertad (*A. I 81*): «Cuanto mayor era el manto de libertad con que se cubrían, tanto mayor la servidumbre en que iban a desembocar». Tiberio «temía la libertad y odiaba la adulación» (*A. II 87*).

A favor de estos personajes tenemos *A. XV 23* (Séneca consigue la reconciliación de Trásea y Nerón) «de donde se originó gloria para los singulares individuos así como también riesgos». Pero bajo una luz negativa se describe la muerte de Petronio (*A. XV 19*), al afirmar el autor que aquél no se preocupaba de la inmortalidad del alma, sino de oír el recitado de poemas ligeros. De la misma manera, el filósofo Musonio Rufo aparece descrito con contornos sarcásticos, que rozan el ridículo (*H. III 81*): «Musonio, que había hecho estudios de filosofía (*philosophiae*: una de las pocas ocasiones en que el historiador recurre a términos griegos) y adquirido los preceptos estoicos, se había mezclado con los comandantes y comenzaba a amonestar entre las compañías a aquellos hombres armados, disertando acerca de los bienes de la paz y los peligros de la guerra. La mayoría se lo tomaba a chacota, a algunos les aburría. No faltaban quienes le empujasen y pateasen, hasta que por recomendación de los más moderados y ante la amenaza de otros abandonó su “intempestiva sabiduría” (*intempestiuam sapientiam*)». En *H. IV 5* el historiador se muestra positivo: «(Helvidio Prisco) asistió a los profesores de filosofía (*doctores sapientiae*), que consideran honroso sólo lo bueno y malo sólo lo vergonzoso, en tanto que el poder, la nobleza y demás, que nada tienen que ver con el espíritu, no lo cuentan ni como bueno ni como malo» (como se ve, se trata obviamente de los estoicos). En cambio, en el siguiente caso (*H. IV 6*), la apreciación de Tácito es insidiosamente peyorativa: «Puesto que lo último de lo que se privan los sabios (*sapientes*) es el afán de gloria».

Por la misma razón, la actitud de Tácito respecto a la filosofía griega es ambigua (cf. *H. III 81*, *IV 5* y *IV 6*). Por ese camino, acabamos descubriendo que su actitud es igualmente ambigua respecto a los griegos (y claramente hostil a los judíos). Véase *A. V 10* «prestos los ánimos de los griegos a lo novedoso y maravilloso»; *A. IV 35*: «No toco a los griegos, entre quienes queda sin castigo no sólo la libertad, sino incluso el libertinaje». *H. III 47* (Aniceto se subleva en Oriente: Tácito afirma que esta gente seguía a los romanos en el uso de las armas y en la formación militar): «[En cambio] conservaban la desidia y permisividad o libertinaje de los griegos». *A. II 88*: «[Arminio] aún es cantado entre los pueblos bárba-

ros, pero es un desconocido para los anales de los griegos que sólo admiran lo suyo». Por el contrario, en A. VI 6, Tácito elogia a Platón, denominándole *praestantissimus sapientiae*; y en A. XV 45 Segundo Carrinate es presentado como «ejercitado en la doctrina de los griegos sólo de boca para afuera (*ore tenus*)».

Peor que los griegos escapan los judíos. Así, en H. V 5, en que el historiador nos ofrece lo que se conoce como «arqueología judía», Tácito habla de las siniestras instituciones de aquéllos, del amor que se dispensan entre sí, pero del odio que ejercen hacia los demás; habla de la *libido* judía, del rechazo del culto imperial, así como de las tres entidades sagradas para los romanos: dioses, patria y familia. La creencia judía en la inmortalidad es también censurable para el autor, quien, como buen romano que es, sólo cree en la fama póstuma, alcanzada mediante el esfuerzo personal. No se olvida tampoco de establecer un fuerte contraste entre las alegres fiestas romanas y la tristeza congénita a los judíos.

Al igual que los romanos en general Tácito era inevitablemente imperialista. Sin embargo, en sus primeras obras históricas (*Agrícola* y parte de las *Historias*) Tácito recoge frecuentes manifestaciones hostiles al Imperio romano que, por lo común, pone en boca de otros. Por el contrario, en la segunda parte de las *Historias* y en los *Anales* encontramos las manifestaciones opuestas, las que elogian el imperialismo y lo defienden.

Del primer tipo son: Agr. 13 «ya domeñados [los britanos] para obedecer (*pare-re*), pero todavía no para ser esclavos (*seruire*)»; ibíd. 14 «tener incluso a los reyes por instrumentos de esclavitud (*seruitutis*)» es una vieja costumbre del pueblo romano. En Agr. 21 se dice que los pórticos, baños, banquetes, estudios liberales, etc., «entre los incautos se llamaba “humanismo” (*humanitas*), siendo como era parte de la esclavitud (*seruitutis*)»; ibíd., 30: el caudillo britano Cálgaco afirma: «con falso nombre a robar, matar, saquear, llaman “imperio” y al desierto que crean “paz”»; ibíd. 31 (el mismo): «Britania compra cada día su esclavitud (*seruitutem*), cada día la alimenta». En H. II 38 Tácito hace una reflexión sobre el poder: el ansia de éste es congénita en el hombre, y conforme aumentan las riquezas aumenta el ansia de poder. De este modo, Roma llegó a tener un Mario o un Sila, quienes *uic-tam armis libertatem in dominationem uerterunt*; después de ellos llegó Pompeyo, que era *occultior non melior*. Al sublevarse Julio Civil (H. IV 17), el historiador afirma que las provincias del Imperio romano eran vencidas con la sangre de las provincias.

En la segunda parte de las *Historias* y en los *Anales*, como ya hemos adelantado, encontramos expresiones a favor del imperialismo. En H. IV 74 el general Cereal afirma que el precio de la conquista y del imperio es que «no hay paz sin armas, ni armas sin servicio militar, ni servicio militar sin tributos». En esa misma línea hallamos en A. II 56: «Rebajaron algo los tributos al rey para que pudiesen esperar un imperio romano más llevadero». En A. XV 1 el autor recoge el concepto que los persas tenían de la conquista y el imperialismo. Por boca de Monobazo se dice: «Conservar lo propio corresponde a las casas privadas, en cambio, competir por lo ajeno es propio de la gloria de los reyes». Muy posiblemente, los romanos, Tácito incluido, pensaban de esta manera, aunque no lo manifestasen tan primitivamente. En A. XV 31 se afirma que «entre los romanos [a diferencia de los partos] lo que

vale es la fuerza del poder (*uis imperii*) y se dejan de lado las vaciedades (*inania*). En A. XII 48, Tácito nos presenta lo que podíamos denominar la política maquiavélica de los romanos, respecto a Armenia, en este caso: tras la muerte de Mitridates en el año 51, Umidio Cuadrato reúne una junta para valorar el asesinato del rey Radamisto, que se ha quedado con el reino. Tácito afirma que pocos se preocupaban del honor público del Imperio romano y la mayoría iba a lo seguro: «Todo crimen entre el enemigo exterior (*omne scelus externum*) hay que recibirlo con alegría; incluso convenía echar la semilla del odio (*semina odiorum*), cosa que han hecho ya los emperadores romanos en Armenia so capa de generosidad (*specie largitionis*). Así que Radamisto podía quedarse con lo que había conquistado a condición de que tuviese fama de odioso e impresentable, dado que esta situación resultaba más útil que si detentaba el poder con gloria». Cf. a propósito de lo aquí expresado lo que Tácito afirma en el capítulo 33 de su *Germania*, a saber, que era un placer ver cómo los brúcteros y los ténteros se mataban entre sí hasta que murieron 60.000. De todas formas, en el presente caso de los *Anales*, el historiador critica el cinismo de este Consejo de guerra, porque entiende que Roma debe velar por el bienestar de los pueblos sometidos, mientras que el exterminio de la Germania se produce en un pueblo con el que Roma estaba en guerra y al que no había manera de vencer.

En A. XIV 39 Petronio Turpiliano, sucesor de Suetonio Paulino en Britania, «puso», según nuestro autor, «el honroso nombre de paz a una inactividad cobarde (*segni otio*)», lo cual indigna claramente al historiador. Éste, por el contrario, se alegra a ojos vistas de que Nerón consulte en A. XV 25 para ver «si optaban por una guerra incierta o una paz deshonrosa, eligiendo, sin dudarlo, la guerra». Cabría preguntarse si Tácito se habría alegrado también si se tratase de una paz deshonrosa.

## Las leyes, la *uirtus* y el pueblo

Para Tácito, igual que para tantos escritores romanos, la existencia de las leyes era consecuencia de la corrupción de la inocencia primitiva, cuando no existía el derecho de propiedad. A este hecho se refiere nuestro autor cuando en A. III 25-28 hace un *excursus* acerca de las leyes, remontándose a la edad de oro en la que «la gente nada deseaba contra las costumbres (*contra morem*), porque nada le estaba prohibido por el miedo». Y curiosamente, ya en G. 19 había afirmado: «Más valen en Germania las buenas costumbres (*boni mores*) que las buenas leyes». En los capítulos citados más arriba el historiador continúa hablando de *ambitio* y de la necesidad de la promulgación de leyes, que, después de todo, sustituían o suplantaban a los reyes; de ese modo, se llega a la publicación de las leyes de las XII Tablas (*finis aequi iuris*), y posteriormente a una inflación tal de las mismas que fue preciso nombrar una comisión para esclarecer un estado de confusión y plétora semejante. Por lo demás, Tácito se muestra claro defensor del cuerpo legal romano: en A. IV 6 nos habla de *leges in bono usu*; en H. IV 39 dice que «limpiando todo lo que había de turbio [...] regresaron las leyes»; en A. II 71 Germánico dice a sus amigos que «habrá lugar para invocar las leyes»; en A. XIV 48 contrapone las leyes a la crueldad de los jueces; en H. I 77 se afirma que «por odio a la ley de lesa majestad

perecían hasta las leyes buenas». El carácter solemne de aquéllas le hace contraponerlas a los placeres en A. XII 5; al igual que en A. II 65 se contraponen *ius/iniuriam*; en A. VI 26 a *odium*; en II 80 a *arma*; en A. IV 15 a *uim*; en III 24 se especifica *ius* (v. supra, *finis aequi iuris*, frase que se lee en las XII Tablas) mediante referencia a senadoconsulto y leyes.

Tiberio reflexiona acerca de las leyes en A. III 69, y dice: «Las leyes se promulgan por hechos concretos (*leges in facta constitui*), pues el futuro es incierto (*quia futura in incerto sint*)». En A. XIV 44 se habla de una medida (*exemplum*) contra los esclavos de la mansión a propósito del asesinato por uno de ellos de su señor. El historiador hace la siguiente reflexión: «Toda gran medida que se adopta contra los individuos (*contra singulos*) por el bien público algo de injusto tiene». Pero otra vez por boca de Tiberio nos dice Tácito (A. III 69) «cada vez que el poder (*potestas*) se impone, sufre el derecho (*iura*)». Y también: «Cuando se puede actuar por ley (*legibus*) no se debe recurrir al poder (*imperium*)».

Y por las mismas razones de reverencia a la ley, Tácito manifiesta su estupor ante las infracciones y atropellos de las mismas por el poder abusivo. En H. II 10 se nos cuenta de un senadoconsulto que «tenía fuerza o era nulo según se tratase de un reo miserable o poderoso». La misma idea se repite en A. IV 36: «En la medida en que un acusador era más desenvuelto se le consideraba inviolable. Los de poco viso y sin nombradía sufrían los castigos». De Urgulania se dice en A. II 34 *supra leges amicitia Augustae extulerat*. En A. I 9 *in qua (re publica) nullus tunc legibus locus*.

A su vez, mediante la palabra *uirtus*, Tácito, fuera del ámbito militar, entiende lo que todo romano: cualidades humanas del espíritu. Así, Trásea Peto y Bárea Sorano son la «virtud misma» (*uirtutem ipsam*: A. XVI 21). Entre semejantes cualidades el historiador cuenta la muerte valiente y desprecia las muertes cobardes (A. XVI 16 *tam segniter pereuntes*; cf. H. III 51; A. I 70; A. VI 49); igualmente desprecia al hombre inactivo, que se convierte en un animal perezoso (H. III 36: *ut ignaua animalia*). Ahora bien, estas virtudes pueden ser causa de riesgos: Agr. 5; H. I 2 («a causa de las virtudes, una muerte segurísima»). Por eso, la *industria* y la *innocentia* de Mario Celso motivaban la hostilidad de los otonianos (H. I 45) como si se tratase de malas artes. Por otra parte, el azar y las cualidades físicas caen fuera, a su juicio, del contenido de la *uirtus*: H. II 82 *quibusdam fortuna pro uirtutibus fuit*; A. XVI 6: «Alabó como virtudes la belleza y otros dones de la fortuna (*munera fortunae*)». Los términos que se oponen a *uirtus* declaran el contenido de ésta: *uirtus*, en efecto, se opone a: *uoluptas* (H. I 10; A. XIII 2; H. II 62); *flagitia* (H. III 51; A. XIV 51; A. VI 32); *uitia* (H. I 72; II 5; II 82; A. I 80); *petulantia* (H. III 11); *lasciua* (Agr. 32); *pecunia* (H. II 69); y *passim*.

El sujeto de leyes y virtudes es la gente, el pueblo; éste es también el juez que juzga a los grandes. *Vulgus* representa en Tácito el pueblo sin rostro, masificado e ignorante que a veces resulta idéntico a nuestro término neutro «gente» y otras a nuestro peyorativo «chusma». Por lo general, Tácito manifiesta desprecio hacia ese pueblo inculto, que no es el *populus* como elemento social y político, al que respeta. En un par de ocasiones por lo menos se identifican *uulgus* y *populus* (H. III 83; A. II 41).

Prácticamente, no hay ocasión que Tácito desaproveche para meterse con el *uulgus*. Así: *H. I 69 uulgus mutabile*. La gente es voluble y pasa de un extremo a otro. En este caso, pasa de la crueldad desmesurada a la compasión (*tam pronum in misericordiam quam inmodicum saeuitia fuerat*); *H. I 80* «ávido de cualquier novedad». *Vt est mos uulgi* es frase habitual en Tácito. Cf. *H. II 44 more uulgi*; *H. II 29 uersi in laetitiam ut est uulgus utroque inmodicum*.

Además, *H. II 61: stolidum uulgus inuiolabilem credebat*; *A. IV 64: qui mos uulgo, fortuita ad culpam trahentes*.

Del mismo modo, también el «rumor» va asociado frecuentemente a *uulgus*: *H. III 58: uulgi rumore*; *A. XV 48: claro apud uulgum rumore*. También se asocia a *populus*: *A. XIV 29: rumore populi*; *A. XV 46: rumoribus ferente populo*. También, *A. XV 64: ut est uulgus ad deteriora promptum*; *H. III 20: ut uulgus improuidum*; *H. II 90: uulgus uacuum curis [...] clamore adstrepebat*; *H. I 9: uoces uulgi ex more adulandi nimiae et falsae*; *A. XIV 14: uulgus cupiens uoluptatum*.

Por último, en *H. III 58: uulgus* se opone a *prudentes*; pero como *populus* se opone a *senatus* y *eques* en *H. I 50*, y a *primores* en *H. IV 9*.

## La hipocresía

La hipocresía es una obsesión para Tácito, que la detesta. Semejante obsesión recorre su obra. En ésta son frecuentes expresiones como *speciosis ... nominibus* (*H. II 20*); *speciosa nomina* (*H. IV 73*); *subdola concordia* (*A. II 64*); *subdola mora* (*A. III 7*); *falsis nominibus* (*H. I 37*); *falsis criminibus* (*A. II 80*); *crimina quae fingebantur* (*A. II 42*); *ficta crimina* (*A. IV 36*); *fictis criminibus* (*A. III 37*); *fictis [...] causis* (*A. XII 41*); etc.

Sabido es que entre los rasgos que, a juicio de Tácito, caracterizan a Tiberio, el de la hipocresía ocupa un lugar preeminente. Así, Tiberio crea una falsa impresión de libertad con medidas llamativas (*speciosa*) que de hecho eran engañosas (*subdola*: *A. I 81*). A propósito de los numerosos procesos que tuvieron lugar durante su mandato, el historiador se complace en dejar constancia de la imperturbabilidad de que hacía gala el emperador, cuando no de la más pura hipocresía. De este modo, sabedor de las intenciones de Libón (*A. II 28*), Tiberio finge no saber nada, y le invita a su mesa sin demostrarle nada ni con la cara ni con sus palabras («a tal punto había ocultado su cólera»). Durante el juicio de Lépidia (*A. III 22*) «nadie podía calar fácilmente (*distinguere*) durante aquel proceso en el alma (*mentem*) del emperador, a tal punto mezcló los indicios de la cólera y de la clemencia». En el caso de Pisón (*A. III 15*) «nada espantó a éste más que ver a Tiberio sin compasión y sin cólera». La ficción formaba parte del trato de los demás con él. P. ej., cuando el rey Arquelao llega a Roma, llamado por el emperador (*A. II 42*), el anciano rey opta por hacerse el loco, pues «temía un violento ataque, si pensaban de él que comprendía [las intenciones de Tiberio]». Idéntica es la situación en *A. I 14*, en que el historiador apunta: «El único temor de los padres era dar la impresión de que comprendían». Asimismo, Calígula, mientras aún no era emperador y vivía bajo el mismo techo que el emperador encubría «un espíritu brutal so capa de falsa modestia (*subdola modestia*) [...] y adoptaba en su actitud y forma de hablar el humor que Tiberio tenía ese día» (*A. VI 20*).

Claro que la hipocresía la había heredado Tiberio de Livia, su madre, la cual (A. VI 71) «primero arruinaba bajo cuerda a sus hijastros cuando se hallaban en la flor de la vida, y luego mostraba públicamente compasión cuando caían en desgracia». En esta línea, Tácito pone de relieve el recurso a los pretextos (*obtendere*), el disimulo (*dissimulatio*), el engaño (*dolus, fraus*). A propósito de Lépidio (A. III 35), dice que «se disculpaba pretextando su mala salud, la edad de sus hijos y que su hija se iba a casar. Asimismo se comprendía lo que callaba, a saber, que Bleso era el tío de Sejano y por ello estaba mejor situado [para lograr el puesto en disputa]». Por ello, Bleso, de su parte, respondió *specie recusantis* (frase ya utilizada por él cuando Augusto, que anhelaba con sumo ardor determinados honores para sus nietos, los rechazaba *specie recusantis*: A. I 3).

Tácito enuncia el principio de «a mayor falsedad, mayor manifestación en contra», como si el hecho mismo de estar mintiendo impulsara al hipócrita, por pura mala conciencia, a hacer más manifestaciones en contra, llevado de la inseguridad. Así, H. I 45: a la muerte de Galba todo el mundo se volcaba con Otón, como si senado y pueblo fueran otros. Tácito comenta: «Cuanto más falso era lo que hacían, tanto más lo hacían». Situación semejante a la de A. II 77, donde a propósito de la muerte de Germánico, el historiador hace decir al hijo de Pisón: «Nadie lamenta con mayores aspavientos la muerte de Germánico que quienes más se alegran».

Cuando una actitud falsa se contrapone a una actitud más trasparente y honesta vemos cómo Tácito se regocija. P. ej., en H. III 53 asistimos a la enemiga entre Antonio Primo y Muciano. Tácito dice: «Antonio alimentaba su inquina más llanamente (*simplicius*), Muciano lo hacía con astucia (*callide*) y por lo mismo más implacablemente (*implacabilius*)». En H. IV 24 los soldados, que acusan a su comandante Hordeonio Flaco, opinan que «a los odios declarados se les puede neutralizar abiertamente, pero que el engaño (*fraudem*) y la mentira (*dolum*) son encubiertos y por lo mismo imposible de evitar.»

Por los tiempos en que escribía su *Agrícola* y su *Germania*, Tácito, tal vez más ingenuo, saluda con emoción y satisfacción el comportamiento limpio, que «no sabe de disimulos», de Agripina la Mayor (A. IV 54: *Agrippina nescia simulatio-num*). También, hablando de los germanos (G. 22), afirma: *gens non astuta nec callida aperit adhuc secreta pectoris licentia loci*. Y continúa: «Deliberan borrachos, cuando no saben mentir; deciden al día siguiente, cuando no pueden equivocarse». Por eso, en su panegírico de Agripa, Tácito llega a alabar incluso la cólera, si gracias a ella se evita la hipocresía (Agr. 22): «Después de un estallido de cólera no se dejaba nada dentro, de manera que no había que temer su silencio. Consideraba más honroso ofender (*offendere*) que sentir rencor (*odisse*)».

## Razón y fe

Nuestro autor se revela como un decidido racionalista. La historia, p. ej., ha de tener objetividad y ser razonada para él. Así, en H. I 4 dice: «A fin de conocer no sólo los casos (*casus*) y avatares (*euentus*) de las cosas, que con frecuencia son fortuitos (*fortuiti*), sino también la razón (*ratio*) y las causas (*causae*)». De igual

modo, en *H.* II 25: «A Suetonio Paulino le convencían más los proyectos con lógica (*cum ratione*) que el éxito, fruto del azar (*ex casu*)». En *H.* III 60 afirma que el comienzo de la guerra civil depende de la suerte (*fortuna*), pero la victoria se logra con planes (*consilia*) y lógica (*ratio*). Por ello, en *H.* V 6, el hombre racionalista y positivista que es Tácito afirma que «la práctica de recoger el alquitrán, al igual que las restantes técnicas, nos la enseña la experiencia» (*experientia*; v. Virgilio *G.* I 4: *apibus quanta experientia paruis*).

De ahí que el historiador rechace todo cuanto se contraponga a la *ratio* o al pensamiento humano (*consilia*) como puede ser *casus*, *sors*, *fors*, *fortuitum*, *fortuna*, etc.: *H.* I 31: *forte [...] nullo adhuc consilio*; II 42: *seu dolo seu forte*; II 60: *forte an prudens*; *G.* 7: *non causs nec fortuita conglobatio*; *H.* III 50: *quae [fortuna] [...] non minus saepe quam ratio adfuit*; *H.* III 20: *ratione et consilio, propriis ducis artibus, profuturum*.

Ahora bien, al margen de esta oposición resta un concepto fundamental entre los romanos, el *fatum*, que no es ni *ratio* ni sus contrarios, esto es, los conceptos enumerados más arriba, sino que viene definido por el autor en *A.* VI 22 como «un destino debido a causas naturales»: *alii fatum quidem congruere rebus putant, sed non e uagis stellis, uerum apud principia et nexus naturalium causarum*. Este *fatum*, para Tácito al menos, se opone igualmente a *sors*, *fors*, *fortuitum*, *fortuna*, *casus*, etc., igual que *ratio*. Véase en el mismo pasaje de los *Anales* citado líneas más arriba, al comienzo: *in incerto iudicium est fatone res mortalium et necessitate inmutabili an forte uoluantur*. Ahora bien, esta oposición *fatum/fors*, p. ej., no lo es en el mismo sentido que *ratio/fors*, digamos, pues en *H.* IV 26, Tácito, como inveterado racionalista que es, se pone de parte de la *fors* frente al *fatum*: en la ribera del Rin, se nos cuenta, falta el agua; en tiempos de paz, este hecho es atribuido a la casualidad o a la naturaleza, pero en tiempos de guerra es achacado al *fatum* y a la cólera divina, cosa que Tácito desapruueba. De modo que para Tácito *fatum* es, como tal vez para todos los romanos, una especie de «razón divina o superior» que él reconoce que existe, aun cuando no haya que recurrir a ella siempre para explicar las cosas (en *A.* VI 22, como hemos visto, acepta el *fatum* como base de explicación de las cosas). Así, en *H.* I 28 hallamos otra contraposición entre *fortuitum* y *fatum*, sin que el historiador descalifique ninguna de las dos opciones: «Porque los hechos fortuitos (*fortuita*), o los que nos aguardan en virtud del destino (*fato*), por más que nos avisen, no hay manera de evitarlos». En *H.* IV 57 equipara dioses y destino: *eadem numina [...] eadem fata*; en *A.* IV 20 contrapone destino y «designios humanos» (*consilia*): *fato et sorte nascendi [...] an in consiliis*.

En el racionalismo de Tácito cabe perfectamente la religión romana, que podemos definir como «el conjunto de ceremonias oficiales recibidas por tradición y que forman parte de la pauta de comportamiento del pueblo romano». El propio Tácito, como es sabido, pertenecía a un colegio sacerdotal. Ahora bien, Tácito no cree en el más allá, rechaza la *superstitio* y toda creencia de fe. Respecto a lo primero, únicamente en el *Agr.*, más que nada por piedad y a diferencia de Cicerón, quien en el *Somnium Scipionis* hace una tajante afirmación acerca del asunto, insinúa nuestro autor que puede haber algún paraíso para su suegro Agrícola (*Agr.* 46):



«Si hay algún lugar para las sombras de los justos; si, como quieren los filósofos, las grandes almas no se extinguen con el cuerpo» (y todavía, quizá, A. XVI 34, donde Trásea Pero, mientras espera la muerte, habla con sus amigos *de natura animae et dissociatione spiritus corporeque*).

Al margen de estas alusiones, él, como, sin duda, la mayoría de los romanos, tiene un concepto de inmortalidad que consiste en dejar buena memoria de sí mismo. Así, en *H.* I 21 se deja claro que todo estriba en «distinguirse ante la posteridad mediante el olvido o mediante la gloria». Por ello también, a propósito de Tiberio (A. IV 38), que despreciaba la fama, la gente opinaba que su actitud equivalía a despreciar las virtudes, porque *unum insatiabiliter parandum, prosperam sui memoriam*. El propio Tiberio afirma que los «príncipes son mortales, la república, eterna» (A. III 6). El historiador parece dar la razón a Petronio, cuando según su propia descripción, éste, al morir (A. XVI 16) «escuchaba a quienes no le hablaban para nada de la inmortalidad del alma» (*immortalitatem animae*; única vez en que, por cierto, este término, *anima*, aparece en la obra del historiador), «sino poemas ligeros y versos fáciles».

Los dioses para Tácito no son nada. Recoge la afirmación de Tiberio (A. I 73) de que «las injurias a los dioses son un problema de los dioses». Cuando en *H.* II 61 el impostor Marico se hace adorar como un dios y, arrojado a las fieras, éstas no le hacían daño, el historiador dice: «Como no lo despedazaban, el vulgo estólido lo consideraba inviolable». Asimismo, ataca la credulidad popular, como la que se hace patente en el capítulo de los presagios. Cf. *H.* II 1: «Una vez que el ánimo se hace a creer (*inclinatis ad credendum animis*), incluso las cosas fortuitas (*fortuita*) eran tenidas por augurios o profecías del futuro». Ya en *G.* 34 había dejado dicho: «[A los germanos] les parecía más sagrado y devoto creer acerca de los hechos divinos que saber acerca de ellos». Y en *G.* 40 leemos sobre la diosa Nerto y su ritual: «Un terror arcano y una sagrada ignorancia (*ignorantia*) acerca de qué es aquello que sólo ven los que van a morir».

Entendida la religión romana como la hemos definido más arriba, cualquier otra manifestación religiosa, como la de los germanos ya vista, es rechazada por Tácito. Esas manifestaciones religiosas que implican la fe reciben en latín el nombre de *superstitio*. Tácito las rechaza sin contemplaciones. Así, amén de la religión germana, la de los druidas (*H.* IV 54: *superstitione uana caneabant*); la de los judíos y egipcios (A. II 85: *quattuor milia libertini moris ea superstitione (Aegyptiorum et Iudaeorum) infecta*), y sobre todo la religión estrictamente judía (*H.* II 4: *peruicaciam superstitionis* = «fanatismo religioso»; *H.* VI 3: «Pueblo adicto a la *superstitio* y enemigo de la *religio*»; *H.* V 8: «Los sacerdotes fomentaban la *superstitio*, pues consideraban refuerzo de su poder el honor sacerdotal»; así como la variante cristiana del judaísmo, A. XV 44: *exitibilis superstitionis*).

Y naturalmente, defiende la *sapientia*, en el sentido autóctono romano, equivalente a nuestra «sabiduría», frente a la estolidez: *Agr.* 6, donde se afirma que en época de Nerón «la inactividad (*inertia*) funcionaba como si fuera sabiduría (*pro sapientia fuit*)»; *H.* II 34 «aguardaban la estolidez (*stultitia*) ajena, pues tal actitud equivale a tener sabiduría (*loco sapientiae est*)».

## La psicología de Tácito

Como es bien sabido, es notoria la perspicacia psicológica de nuestro autor. Sus apreciaciones versan sobre: a) tono general; b) individual; c) de masas.

### *Pasajes en los que prevalecen apreciaciones de carácter general psicológico*

*H. I 58.* A la vista del comportamiento de Vitelio, quien ejecuta a unos y salvaguarda a otros, Tácito afirma: «Cuando se desata la ira, cabe matar libremente, pero perdonar sólo es posible por medio de subterfugios (*fallendo*)»; *H. IV 48:* siempre los inferiores (*legati*, en este caso) tratan de emular a los superiores (*proconsules*); *H. I 81:* «El temor que sentía Otón inspiraba temor en los demás»; *H. I 88:* «Al esforzarse por ocultar el miedo se les notaba éste más»; *H. II 46:* el valiente (*stre-nuus*) se aferra a la esperanza (*spei*) aun contra la suerte (*contra fortunam*); el cobarde (*ignavi*) se entrega rápidamente a la desesperación (*desperatio*) por miedo (*formidine*); *H. II 77:* los vencedores se relajan y entregan al desdén, mientras que los vencidos se estimulan a la *uirtus* por mor de la «cólera, el odio y el ansia de venganza»; en *H. III 26* reaparece el motivo tan censurado por los moralistas romanos, entre ellos, muy especialmente, por Salustio, de *incerta pro certis*; ello es debido, según Tácito, a que *ingrata quae tuta, ex temeritate spes*; *H. III 26:* la prohibición de la libertad produce el efecto contrario: *quia uetabantur, atrociora uulgauerant*; cf. *A. XIV 50* (respecto a los libros de Fabricio Veyentón): «En tanto se adquirían con riesgo eran buscados y muy leídos; luego, con la facilidad de poseerlos, cayeron en el olvido»; *A. XV 36:* «Según es la naturaleza del miedo, creían que era peor lo que había tenido lugar». En *A. III 75* hallamos la siguiente reflexión: si uno triunfa (p. ej., llegando a cónsul) te odian (*odium ex iniuria*); si fracasas (p. ej., llegando sólo a pretor), te miran con simpatía (*commendatio ex iniuria*); *A. VI 19:* «De miedo había desaparecido el trato propio de la suerte humana, y cuanto más crecía la crueldad, tanto más se alejaba la compasión»; cf. también *A. XII 10* (dicho de Gotarzes, rey de los persas): «Indolente en la paz, fracasado en la guerra, disfraza su cobardía (*ignauiam*) con un manto de crueldad (*saeuitia*)»; *A. XII 67:* Jenofonte, médico que colabora en el asesinato de Claudio, afirma: «Los mayores crímenes se comienzan con riesgo y se acaban con recompensas»; *A. XIV 10:* «El aspecto de los lugares no cambia como sí lo hace la cara de los hombres».

### *Individual*

*H. IV 19* (dicho de Hordeonio Flaco, general): «A base de hacer concesiones sólo había conseguido que le reclamaran más insistentemente lo que sabían que les iba a negar»; *H. IV 38* (Lucio Pisón, que está en África, piensa que le han bloqueado las costas): «Creía eso precisamente por temerlo»; cf. *A. I 74* (un procurador atribuye a alguien haber hablado de los peores rasgos del carácter de Tiberio): «Y como era verdad, todos creían que lo había dicho»; *A. II 42* (De Arquelao, rey de Capadocia): «Temiendo violencia si se pensaba de él que comprendía»; *A. IV 51* (de Germánico): «Conservando la grandeza y gravedad del más alto puesto, escapó al odio y a la arrogancia»; *A. III 18:* el pudor de haber absuelto a Plancina hace a

Tiberio más aplacable (*placabilior*); A. VI 14: «[Fabato] siguió incólume, más por olvido (*obliuione*) que por clemencia (*clementia*)»; A. VI 39: Popeo Sabino estuvo al frente de muy importantes provincias durante veinticuatro años, «no por ningún arte especial, sino porque sabía llevar los asuntos sin sobresalir en nada»; A. XI 21 (de Curcio Rufo): «Tristemente adúlador frente a los superiores; arrogante con los inferiores; entre los iguales difícil»; A. XIII 16 (de Octavia): «Aunque joven, había aprendido a ocultar el dolor, el cariño, los sentimientos todos»; A. XIV 22 (de Rubelio Plauto): «Cuanto más se ocultaba a causa del miedo, tanto mayor fama alcanzaba»; A. XIV 46: Volusio, Africano y Trebelio están llevando a cabo el censo de las Galias; los dos primeros compiten entre sí en nobleza, en tanto que «a Trebelio, al ser despreciado y no ser tenido en cuenta, es puesto por encima de ellos»; A. XV 10: «[Peto] adoptaba las medidas opuestas a las necesarias para no dar la impresión de que precisase el asesoramiento de nadie»; A. XVI 10 (Lucio Vétere y otros con él sufrieron la muerte a manos de Nerón): «Odiosos al emperador, como si por el hecho de estar vivos le estuviesen echando en cara la muerte de Rubelio Plauto, yerno de Lucio Vétere».

### De masas

H. I 28 (cuando los pretorianos optan por sublevarse, tres son sus actitudes): 1) *pauci auferent*; 2) *plures uellent*; 3) *omnes paterentur*; H. I 35: *nemo scire et omnes affirmare*; H. I 40 (cuando transportan a Galba de un lado para otro, la multitud, que ha llenado los templos y basílicas, guarda silencio expectante): «No había bullicio (*tumultus*) ni tranquilidad (*quies*), sino que reinaba el silencio propio de los grandes temores y de las grandes iras»; cf. H. I 55-6 (la mayoría no tiene criterio propio: se opone a Galba, pero se avergüenza de rebelarse contra él; los sentimientos son contradictorios: deseo de rebelarse (en razón del odio); vergüenza de hacerlo; mala conciencia, y temor de arrepentirse; todo ello *insita mortalibus natura*; por tales razones, olvidándose de la lealtad, «todos estuvieron con el bando donde había mayoría» (*unde plures erant omnes fuere*); H. I 63 (cuando Valente camina hacia Italia un *subitus pavor* invade a sus soldados): *causis incertis eoque difficilioribus remediis*; H. IV 27 (el ejército pasa de un libertinaje extremo (*licentia*) a aguantarlo todo (*patientia*); alternaba el crimen y el castigo, la locura y la obediencia: «Se les podía castigar, pero no meter en cintura»; A. III 76 (en el funeral de Junia había imágenes de toda su familia, excepto de Casio y Bruto, por lo que estas imágenes fueron las que brillaron).

### El amor

En una obra como la de Tácito, obra histórica y por tanto presumiblemente objetiva y fría en sí misma así como por las pretensiones del propio autor, por la que además planea el maquiavelismo político, el terror y la muerte, y que, dado el género literario en que está escrita, no se presta a efusiones sentimentales, que de un orgulloso miembro de la aristocracia romana como él, por otra parte, tampoco serían de esperar, no cabe imaginar que el autor haya dejado traslucir la valoración,

enorme valoración, de un sentimiento tan de andar por casa como es el afecto. Y digo afecto, no amor, esto es, no amor pasional o erótico, que lo hay también, naturalmente, pero que no tomo en consideración aquí, del mismo modo que no considero tampoco el amor a conceptos como la virtud, la obediencia, los dioses o la patria.

Así que me limito a señalar exclusivamente la manifestación en la obra histórica de este autor de ese afecto familiar (filial, fraterno o conyugal), así como también de los súbditos a su príncipe o de los soldados a su general, etc., en el que Tácito hace hincapié y con el que está claro que se siente satisfecho: ¿quién iba a esperar eso de Tácito?

Claro que el amor, el afecto, tiene también su contrapartida: el odio, y éste se encuentra reflejado cumplidamente en la obra del historiador, como cabía imaginar, tratándose de la historia de los césares romanos, historia teñida de odio, de traición y de sangre.

Pues bien, el término o concepto de «afecto» se expresa fundamentalmente con tres términos: *amor*, *pietas*, *caritas* (cf. *H. I* 83: *in amorem mei [...] modum caritatis*; *A. XVI* 30: *acciderat pietate Seruiliae [...] quae caritate erga parentem*. Además, los tres términos reseñados para significar «afecto» se construyen indistintamente con: a) genitivo; b) *in* o *erga* más acusativo. Así: *amor nostri* (*G.* 33); *amor in Antonium* (*H. IV* 39); *pietate Seruiliae* (*A. XVI* 30); *pietate erga parentem* (*A. I* 9); *caritate principis* (*A. II* 49); *caritate in patronam* (*A. XIV* 9); *caritatem erga parentem* (*A. XVI* 30). Pero es que además, el primero de los términos enumerados, *amor*, cubre semánticamente a los otros dos juntos con creces, en tanto que el segundo, *pietas*, cubre al tercero, *caritas* (como si dijéramos que *amor* es el término no marcado frente a los otros, entre los cuales, a su vez, *pietas* es no marcado frente a *caritas*, el más marcado de todos); parcialmente, además, el término *adfectus* ('sentimientos', en general: cf. *A. XIII* 21: *matrum adfectus* = «sentimientos maternos»; *A. XI* 38: *humani denique adfectus* = «de sentimiento humano» (dicho a propósito de Claudio, tras la muerte de Mesalina, cuando durante varios días no da muestras de odio, de ira, de gozo, ni de nada), que contextualmente puede significar «cariño»: *A. XIV* 27: *sine adfectibus mutuis* ('sin afecto mutuo'; cf. *Agr.* 6: *uixerunt per mutuam caritatem* ('vivieron con mutuo amor'; dicho de Agrícola y su esposa). El concepto de odio, en cambio, se expresa con el único término *odium*.

Añadamos a este propósito que el concepto de «odio» por dicho término expresado viene representado en la obra de Tácito que analizamos respecto al concepto de «cariño» (y para la consideración que estamos haciendo, incluido también el amor en términos generales), en la proporción de 3:1, es decir, que por cada vez que se habla en la obra de Tácito de cariño (o amor, en general), se habla tres veces de odio: nada sorprendente dado el carácter de la obra en cuestión, y por las razones apuntadas más arriba.

Tácito lo sabe todo acerca del odio humano: «Tratándose de odio es más fácil dar crédito» (*H. I* 33); «es propio del género humano odiar al que se le hace daño» (*Agr.* 42); «pues los odios entre parientes son más enconados» (*H. IV* 70); «si el favor que se hace a un persona es muy grande, en vez de gracias te devuelve odio»

(A. IV 18); «determinadas cualidades son objeto de odio, como el empecinamiento en la severidad» (A. XV 21). Tácito conoce también los odios ocultos: Tiberio y Livia odiaban a Germánico, sobrino y nieto de éstos, respectivamente, *occultis...odiis* (A. I 32).

Pues bien, según lo dicho más arriba, amén del cariño entre miembros de la misma familia, cumplidamente representado en su obra, Tácito recoge gustosamente el cariño entre individuos que no pertenecen a la misma familia. P. ej., al César: *H. I 76: nusquam [...] amor in Othonem; Agr. 41: dum optimus quisque libertorum amore et fide [...] principem extimulabant; A. II 76: in Caesares amor; H. II 49: caritate principis*; del pueblo romano a Germánico (A. II 41): *breues et infaustos populi Romani amores*. Entre los súbditos, soldados, etc. Bolano, un general incompetente, se granjea empero el afecto de sus soldados, en vez de ejercer sobre ellos la debida autoridad (*Agr. 16: caritatem parauerat loco auctoritatis*). Getúlico, general del Ejército Superior en Germania, por su clemencia y escasa severidad, *mirum amorem adsecutus erat* (A. VI 30). Druso, hermano de Tiberio, había gozado de «más próspero amor entre los ciudadanos», *prosperiore ciuium amore erat* (A. VI 51). Vardanes, rey de los partos, hubiera gozado de una gran fama, «si hubiese buscado el amor entre sus compatriotas igual que el temor entre los enemigos» (*si perinde amorem inter popularis quam metum apud hostis quaesiuisset; A. XI 10*).